

// Dossier // Verónica Juliano, Martina Palavecino Bó y Elina Espeche (coords.)

Mujeres: labores, oficios y tareas

Trabajo y saber femenino en *El cañaveral amargo* (1953) y *El gallo negro* (1997) Ruth Elina Espeche¹

Recepción: 11 de mayo de 2026 // Aprobación: 17 de junio de 2026

Resumen

La industria azucarera de la región del Noroeste argentino configuró un sistema jerárquico masculino en el que los dueños de los medios de producción coaccionaban a obreros y obreras del surco. En el caso de las mujeres, la violencia sexual funcionó como una forma de disciplinamiento. Estas manifestaciones de la violencia hacia la mujer pueden advertirse en *El cañaveral amargo* de Eduardo Joubin Colombres (1953) y en *El gallo negro: vida, pasión y muerte de un ingenio azucarero* de Lucía Mercado (1997). En ambas obras es posible rastrear las formas en que el oficio femenino fue sistemáticamente obliterado en el ámbito productivo, además del saber de las mujeres, representado en figuras como la curandera y partera del ingenio Santa Lucía. El control de estos agenciamientos constituye una forma específica de biopoder que opera en una lógica productiva que invisibiliza el oficio y el saber de las mujeres en este entorno.

Palabras clave: ingenios azucareros - literatura del NOA - trabajo femenino - Lucía Mercado - Eduardo Colombres

Women's Work and Knowledge in *El cañaveral amargo* (1953) and *El gallo negro* (1997)

Abstract

The sugar industry in the Northwestern region of Argentina established a hierarchical male system in which the owners of the means of production coerced male and female workers in the fields. In the case of women, sexual violence functioned as a form of discipline. These manifestations of violence against women can be seen in Eduardo Joubin Colombres's *El cañaveral amargo* (1953) and Lucía Mercado's *El gallo negro: vida, pasión y muerte de un ingenio azucarero* (1997). In both novels, it is possible to trace the ways in which women's labor was systematically obliterated in the productive sphere, as well as women's knowledge, represented by figures such as the witch doctor and midwife at the Santa Lucía mill. The control of these arrangements constitutes a specific form of biopower that operates within a productive logic that renders women's labor and knowledge invisible in this environment.

Keywords: sugar mills - NOA literatura - women's work - Lucía Mercado - Eduardo Colombres

¹ Licenciada en Letras por la Universidad Nacional de Tucumán (UNT). Miembro del Instituto Interdisciplinario de Literaturas Argentina y Comparadas (IILAC). E-mail: elyespeche7@gmail.com. ORCID: 0009-0005-5290-3038

Introducción

La industria azucarera del Noroeste argentino, desde su despegue a mediados del siglo XIX, moldeó las estructuras sociales, políticas y económicas de la región, configurando un sistema jerárquico masculino de coacción hacia los obreros y obreras del surco. En particular, los dueños de los medios de producción extendieron este control hacia agencias como el uso del cuerpo femenino como territorio a dominar y medio de disciplinamiento, y el saber de las mujeres, representado en figuras como la curandera y partera del pueblo en el ingenio Santa Lucía, particularmente.

Rita Segato (2018) sostiene que la motivación de la violación no es sexual, sino política: se trata de una herramienta de control del cuerpo y su territorio. Junto con las violaciones, las mujeres también sufrían la invisibilización de sus labores domésticas y del trabajo pelando caña por parte de los capataces y de sus propios compañeros varones, quienes reducían su participación a una mera colaboración. Esto funcionaba como forma de silenciamiento.

El presente artículo se propone analizar discursivamente las formas en que el oficio femenino fue sistemáticamente obliterado en el ámbito productivo. Al respecto, nos preguntamos: ¿Cómo se articulan cuestiones como el oficio y el saber femeninos en las novelas? ¿Cómo operó el sistema agroindustrial azucarero como dispositivo del biopoder? La hipótesis que sostenemos es la siguiente: La regulación del trabajo, el saber y el control del cuerpo de la mujer constituye una forma específica de biopoder y opera en una lógica productiva que invisibiliza estos agenciamientos en el espacio azucarero.

Nuestro corpus se encuentra conformado por *El cañaveral amargo* de Eduardo Joubin Colombres (1953) y *El gallo negro: vida, pasión y muerte de un ingenio azucarero* de Lucía Mercado (1997), obras que ofrecen una postura crítica con respecto al desarrollo del modelo agroindustrial en Tucumán, evidenciando un sistema de subordinación y violencia que Eduardo Joubin Colombres distingue como el “engranaje de la opresión” (p. 8). El marco teórico que orienta este análisis articula dos líneas complementarias. Por un lado, la noción foucaultiana de *biopoder*², que permite articular la concepción

² Nos referimos al concepto que Michel Foucault desarrolla por primera vez en su libro *Historia de la sexualidad*, Vol. 1: *La voluntad de saber* (1976), específicamente en el capítulo “Derecho de muerte y poder sobre la vida”, donde explora la dinámica del poder y las distintas formas de control para regular la vida en la sociedad. Se trata de “hacer vivir” o “dejar morir” (1997) como formas de administración y regulación de la vida humana. Esta tesis se amplía en otras producciones escriturarias del autor, por ejemplo, en *Vigilar y castigar* (1975), donde explora la anatomopolítica del cuerpo individual y la biopolítica, dedicada al control de los procesos biológicos colectivos: natalidad, mortalidad, salud pública y reproducción. Estos procesos se articulan en función a los objetivos y demandas que el sistema capitalista persigue.

del ingenio azucarero como dispositivo de control que condicionó la organización del trabajo y el género, y la vinculación del cuerpo con el poder (Le Breton, 2002). Por otro lado, los aportes de Rita Segato (2018) sobre la violencia sexual como herramienta política de disciplinamiento hacia la mujer resultan centrales para comprender la estructura de poder que subyace en los pueblos de los ingenios azucareros.

Ambas perspectivas se complementan con los estudios de Silvia Nassif (2021) sobre la participación femenina en este ámbito, cuyo reconocimiento económico y simbólico fue sistemáticamente negado. Con respecto a la cuestión del saber y el poder, consideramos los aportes de Dolores Juliano (1992) para comprender cómo se articulan estos dos agenciamientos en el espacio azucarero, estableciendo un proceso de negociación, cuestionamiento y redefinición del saber femenino.

Este artículo se encuentra dividido en tres apartados. En primer lugar, analizamos el trabajo de las mujeres en el surco y en el ámbito doméstico, explorando la organización laboral de los ingenios azucareros. En segundo lugar, nos dedicamos a explorar el control sobre el cuerpo femenino en el espacio azucarero para comprender cómo funciona la lógica del biopoder en la violencia hacia la mujer. En tercer lugar, abordamos la cuestión del saber y su vinculación con el poder.

Este estudio busca recuperar la experiencia laboral de niñas y mujeres en los pueblos azucareros desde el análisis discursivo de las novelas que forman parte de nuestro corpus de investigación. Desde estos enfoques, sostenemos que el análisis literario permite develar la complejidad del entramado de poder en el ámbito azucarero, evidenciando desigualdades de género y abusos.

La recuperación de la participación de la mujer en el sistema productivo, así también como el reconocimiento de sus saberes y su experiencia, nos permite comprender cómo la diferencia sexual, intrínseca a la naturaleza del sistema productivo azucarero, condicionó la valoración de la participación femenina en este ámbito. Finalmente, consideramos que analizar discursivamente la labor femenina en el proceso agroindustrial tucumano, desde la lógica de la biopolítica, nos posibilita rescatar y poner en valor el agenciamiento de la experiencia laboral y los saberes impulsados por las mujeres, sistemática e históricamente obliterados en las narrativas oficiales.

Mujeres peladoras de caña, mujeres que sostienen el hogar

“En esta función de ‘pelada de caña’ intervenían todos los integrantes de la familia: padres, hijos, algún arrimado. Mientras unos macheteaban, para el corte, otros deshojaban; los chicos y mujeres acomodaban y cargaban el carro o traían agua o alcan-

zaban la comida que las tomaban a las diez u once ya que empezaban a trabajar a las cuatro de la mañana para aprovechar la fresca y eludir en lo posible el fuerte calor de la tarde”.

Lucía Mercado, *El gallo negro: Vida, pasión y muerte de un ingenio azucarero*.

En su libro *Historia social de Tucumán y del azúcar* (1986), Eduardo Rosenzvaig presenta una mirada crítica del sistema de trabajo en los ingenios azucareros de la provincia, ofreciendo un tratamiento político y social con respecto a la cuestión de los trabajadores azucareros, grupo conformado por hombres, mujeres y niños de distintas generaciones, indígenas, esclavos negros, y peones rurales locales y de provincias vecinas. Los empresarios, identificados como la “oligarquía azucarera”, conformaron una clase social que se enriqueció a costa del sufrimiento de generaciones de trabajadores en un régimen inequitativo de distribución de recursos. Este sistema fue caracterizado como “feudal” por el historiador tucumano.

En el mismo sentido, esta mirada coincidió con la de otros historiadores, como Daniel Campi (2020), quien fundamenta el carácter “neofeudal” y “semiesclavista” de las relaciones sociales que caracterizaron al modelo productivo tucumano durante el auge azucarero. Con respecto al sistema, encontramos una organización jerárquica dividida en dos sectores sociales en los ingenios azucareros. El primero se encuentra conformado por los propietarios, administradores y empleados jerárquicos, mientras que, en el segundo, encontramos a los trabajadores, de clase baja, temporarios e integrantes de pueblos indígenas. Los “señores del azúcar” se encontraban en el primer grupo, ejerciendo el control económico del ingenio y los recursos, además de regular las relaciones sociales y el tiempo de trabajo de los peones. Esta estructura tiene una fuerte matriz colonial, sustentada por prácticas de disciplinamiento y coacción obrera.

El trabajo doméstico y en el surco responde a la dinámica propia de las comunidades agroindustriales, donde “el ciclo de la caña de azúcar ordenaba la vida y la producción hacia una supuesta riqueza cíclica” (Guzmán, 2018, p. 5). Los pueblos de los ingenios fueron contruidos para que las familias de los obreros accedan a servicios como la educación, la salud y otras actividades dedicadas al ocio, mientras se dedicaban al trabajo en las fábricas y el surco. De esta forma, el acceso a las necesidades básicas de los habitantes y obreros se encontraba regulado y se llevaba a cabo sin tener que trasladarse para abandonar sus puestos de trabajo.

El ciclo de la zafra azucarera y el tiempo de la cosecha de la caña, a manos de los trabajadores del surco, de mayo a octubre, eran actividades compartidas colectivamente que generaban una identidad particular entre las familias de los pueblos de los ingenios. La tensión entre lo público y lo privado se traslada al ámbito laboral, en trabajos como el

de las mujeres cosedoras de bolsas de azúcar (Gutiérrez, 2023), peladoras de caña y dedicadas a otros trabajos destinados al sostenimiento de la vida en la comunidad.

Al respecto, Silvia Nassif (2021) sostiene que la condición de desigualdad de las mujeres azucareras dentro del núcleo familiar, ligada a la falta de consideración de las mismas como trabajadoras en las plantaciones, condicionó la exclusión formal de su relación salarial contractual. Al no ser vistas como trabajadoras por las clases dominantes, fueron víctimas de explotación laboral, sin contar con representación necesaria para cambiar su situación. Esta situación se vio agravada por la violencia física y sexual a la que fueron sometidas. Las mujeres en los ingenios desempeñaban roles marginales, tareas domésticas y labores agrícolas de baja jerarquía.

Esto se evidencia en el testimonio de Beatriz, hija y nieta de trabajadores del ingenio La Fronterita, departamento de Famaillá. Nassif indagó en su historia de vida y en las representaciones que esta trabajadora, descendiente de campesinos pobres, tiene sobre el ingenio, siendo sometida a hechos de violencia extrema con tan solo 14 años y obligada a emigrar a Buenos Aires en el colapso azucarero³. Este estudio revela las dinámicas de opresión de clase y género, procesos de resistencia y construcción de identidad en un entorno marcado por la explotación capitalista y el sistema patriarcal.

La participación femenina en el ámbito laboral azucarero fue históricamente invisibilizada, a pesar de la alta demanda de mano de obra necesaria para llevar a cabo el inicio de la zafra en el período de auge azucarero. Lucía Mercado (1997) destaca el trabajo en conjunto de las familias en el ingenio Santa Ana, distinguiendo sus roles en las agotadoras jornadas de trabajo⁴. Sobre la remuneración obtenida, explica: “trabajaban por tanto; cuanto más cañas enviaban al canchón, más ganaban lo que les era liquidado al final de la zafra, menos lo adelantado para su mantenimiento mientras vivían con nosotros” (p. 87).

Nassif sostiene que, si bien el trabajo era realizado por los miembros de la familia, el salario sólo era percibido por el trabajador que estaba registrado en la planilla del ingenio, excluyendo a los integrantes del grupo familiar que participaron del trabajo en el surco (2021). De esta forma, debido a que el vínculo contractual con el ingenio respondía al “jefe de familia”, el poder económico y social recaía en este, mientras que

³ Nos referimos al episodio que marcó la historia de la provincia en 1966, cuando el presidente de facto Juan Carlos Onganía firmó el decreto de ley 16.926, que ordenaba la intervención y cierre de once ingenios de los 27 que funcionaban en Tucumán. Este cierre tuvo como consecuencia la migración masiva de miles de familias, obreros y habitantes de estos pueblos azucareros hacia Buenos Aires, principalmente, el desmantelamiento del aparato agroindustrial y una devastadora crisis económica que afectó a los cañeros.

⁴ Véase el epígrafe introductorio a este apartado.

el rol de la mujer en el proceso productivo del azúcar significaba una “ayuda” y no un trabajo (p. 10).

Esto puede deberse en parte a la naturaleza del sistema jerárquico azucarero, construido en virtud del desarrollo productivo y teniendo como lógica la coacción a los sectores subalternos. La historiadora expone el caso de doña Rosa, trabajadora de los surcos, oriunda del valle de Tafí:

Yo iba a cocinar y de paso les ayudaba en el cerco pelando caña. Pelaba y apilaba igual que ellos. Salía a la tarde rendida. Yo a la hora que ellos se levantaban a las dos, tres de la mañana ya me levantaba a cocinar y de ahí esperaba que aclare el día porque es peligroso irse una mujer sola al cerco. (p. 10)

Este enfoque, desde la historia oral, permite analizar las experiencias de las mujeres trabajadoras del azúcar, quienes constituyeron parte importante del desarrollo de la agroindustria en la región, en un contexto de opresión y resistencia. Otros trabajos indagan en la situación de las obreras del surco en un período más actual, tal es el caso de María Florencia Gutiérrez (2023), quien toma como recorte temporal la primera década peronista (1945-1955) para recuperar la historia de las trabajadoras en un mercado laboral que no las reconoció, además de las desigualdades sociales y falta de derechos que derivan de esa situación.

Además del trabajo en el surco, Lucía Mercado destaca la participación de los trabajadores temporarios en el proceso productivo de la zafra: peladoras de cañas y peones del surco que llegaban al ingenio Santa Lucía desde Santiago del Estero, Catamarca, y localidades como Tafí del Valle, el Mollar, el Infiernillo, Ampimpa, Los Zazos, y Santa María y Fuerte Quemado (Catamarca). Se trataba de familias enteras dedicadas a la labor azucarera.

Considerados “el último orejón del tarro en una escala industrial y social” (Mercado, 1997, p. 88), no sólo resistían el arduo trabajo de cultivo y recolección de cañas de forma manual que lastimaba sus manos y deformaba sus huesos, sino que también proveían al pueblo de quesos, miles, dulces, frutas, ponchos, colchas y cubrecamas de lana de oveja, y charquis, entre otros. Es destacable esta labor de subsistencia porque implicaba, además, la transmisión de bienes culturales en el circuito productivo.

Atendiendo a un capitalismo periférico y particularidades históricas distintas, en los ingenios azucareros encontramos la intersección entre trabajo manual e industrialización fabril en las distintas etapas del proceso azucarero. Estas condiciones laborales y sanitarias precarias se encontraban agravadas por la falta de regulación salarial y la explotación. Al instalarse, a orillas del río, los temporarios se inscriben de forma real y

simbólica al margen del pueblo, de la protección estatal y de cualquier reglamentación sanitaria. La vida de estas familias estaba marcada por el nomadismo propio del trabajo de recolección de la caña y los peligros de las zonas en donde se asentaban de forma temporal. El rondín, capataz de las fincas del ingenio, se ocupaba de vigilar a los trabajadores temporarios y aprovechaba la situación de los obreros “golondrina”, quienes no contaban con condiciones de trabajo reguladas en sus lugares de origen.

En los textos literarios encontramos otro ejemplo de trabajo en el pueblo azucarero, llevado a cabo por “la Marta” y “la Cuca” Mercado, jóvenes adolescentes que recorrían los caseríos ofreciendo alhajas, prendedores, peines, peinetas, espejos, cremas y perfumes, entre otros artículos de belleza y cuidado personal. Además, contaban con servicio de corte de cabello y “permanente en frío”, oficio heredado de su madre y hermanas mayores, que se desempeñaban como las peluqueras del pueblo. Estos trabajos, considerados “femeninos”, como auxiliar doméstica, peluquera, vendedora y modista, tienen la particularidad de haber sido instruidos por madres y abuelas a sus hijas y nietas en el hogar. Al no ser reconocidos como “especializados”, su remuneración e importancia fue sistemáticamente ignorada (Phillips y Taylor; Narotzky, en Julianio, 1992).

En la vida laboral del ingenio no es común conocer historias de mujeres que tuvieron la oportunidad de acceder a otro tipo de trabajo luego de la labor pelando cañas. Este es el caso de Aidé Moreno, quien abandonó el surco para formar parte del grupo de mujeres que lavaba las bolsas arpilleras que se usaban para el envasado del azúcar. Lejos de las espigas de las hojas de caña, las temperaturas extremas y la manipulación de machetes pesados, las “lavadoras de bolsas de azúcar”, reconocidas de esta forma por los habitantes y obreros del ingenio Santa Ana, recibían las bolsas que eran devueltas al ingenio para acondicionarlas, enjuagarlas y secarlas en el alambrado que rodeaba la quinta. Aunque se trataba de otro tipo de trabajo en la cadena productiva del ingenio, del que sólo participaban un grupo de mujeres, ese reconocimiento no se traducía en una justa retribución salarial.

En 1945, la aparición de María Eva Duarte de Perón en la escena política nacional, motivó la participación sindical y política de Aidé y de muchas mujeres que se encontraron representadas en sus ideas: “(Aidé) se introdujo de lleno, casi con fanatismo, primero en cuestiones sindicales y después decididamente en política en un mundo exclusivo de hombres donde sobresalían: René Bazán, Don Rajido, Yiyo Bertero, Don Rivarola, Orellana, Don Cruz Lobo, Pastor Mercado” (Mercado, 1997, p. 92). La joven de 30 años comenzó a involucrarse en cuestiones sindicales y en las decisiones políticas de Santa Lucía, formando la Unidad Básica, rama política que agrupó a las mujeres

que acompañaban a “la abanderada de los humildes” en su lucha por reivindicaciones sociales y por la representación femenina a través del voto.

Esta conquista supuso un hito trascendental en la historia de la lucha laboral feminista, logrando subvertir el orden de un sistema agroindustrial que se configuró bajo un régimen patriarcal. Al respecto, Juliano sostiene: “cuando las mujeres toman parte directamente en el mercado capitalista de trabajo como mano de obra, asalariada, también actúan eficazmente en las reivindicaciones sectoriales” (1992, p. 40). Este es el caso de la labor de mujeres como Hilda Guerrero de Molina⁵.

Con respecto al panorama a futuro para las mujeres que nacen en los pueblos azucareros, Lucía Mercado (1997) explica:

Era posible que al crecer nos casáramos (sic) con nuestros amigos, vecinos del mismo pueblo, seguramente trabajadores del ingenio; tendríamos hijos y luego seríamos amas de casa y así lavar la ropa, planchar, cocinar, limpiar la casa, cuidar el jardín, coser, tejer, bordar; a la siesta traer leña del río, charlar con las vecinas, escuchar la novela de la radio; los domingos ir a misa a la mañana, a la tarde ir de paseo a Las Mesadas, al cerro o juntarse en alguna casa a jugar a la lotería de cartón (p. 122).

La experiencia femenina estaba atravesada por el ámbito privado y doméstico, con opciones laborales limitadas y un mundo configurado y ofrecido para que los obreros y habitantes del ingenio Santa Lucía no necesitaran abandonar el pueblo para recurrir a lugares de esparcimiento o de sostenimiento de sus necesidades básicas. La “independencia económica” para la mujer constituía, en algunos casos, equilibrar lo doméstico con la producción de tamales, empanadillas, panes, lavado y planchado, o ser empleadas domésticas para las casas de los administrativos. Implicaba, en suma, una carga excesiva de horas de trabajo, tanto en el hogar como en el desempeño de sus trabajos. Otra posibilidad, tentadora para conseguir mejores y diferentes oportunidades, constituía viajar a Buenos Aires.

⁵ Hilda Guerrero de Molina se desempeñó como trabajadora del ingenio Santa Lucía junto a su esposo Juan “El Flaco” Molina, formando parte, además, del grupo de obreros y obreras del ingenio que comenzó a organizar huelgas, ollas populares y distintos planes de lucha en 1965 para protestar en contra de los despidos masivos y la inminente intervención de las fábricas de los pueblos azucareros durante la dictadura del Onganía. El 12 de enero de ese mismo año, luego de una manifestación frente al sindicato del ingenio Bella Vista, Hilda fue asesinada por la policía que reprimía la huelga. Su figura representa la lucha de las mujeres que lucharon codo a codo junto a sus esposos y su familia para defender, no sólo su fuente de trabajo, sino también sus viviendas.

El control sobre el cuerpo femenino en el sistema productivo azucarero

“—Quiero que me la entregués a tu hijastra —dijo de nuevo el Mayordomo, mirando de soslayo a la muchacha. Hubo un silencio. De pronto la Lamparito (sic) sentía que sus ojos le quemaban las órbitas. El terror y el miedo la poseía (sic). Tenía asco de ese hombre con las orejas sucias y cortadas, los dientes amarillos y escasos, las manos torpes, la mirada cruel, increíblemente humano”.
Eduardo Joubin Colombres, *El cañaveral amargo*.

En este sistema productivo juegan un rol fundamental las dinámicas de género como reforzadoras de la jerarquía en la industria azucarera. Michel Foucault (1976) abordó la lógica de subordinación ligada al poder ejercido a través de la vigilancia y el control de los cuerpos de los trabajadores. La coerción es la herramienta utilizada por la patronal como manifestación específica del poder, siendo los obreros, instrumentos de su ejercicio.

Para esa tarea, la patronal emplea a sus capataces y Mayordomos, quienes, por medio de la fuerza y el abuso, buscan controlar a los obreros y obreras del surco. El episodio del sindicato clandestino en la novela de Eduardo Colombres (1953) arroja luz para comprender la lógica del poder y el control que ejercía la clase patronal azucarera. Los obreros se reunieron para tratar el aumento de los salarios y la supresión de las proveedurías.

Atanasio Rueda cumplió el rol de vocero y encabezó la medida de lucha que se aprobó por unanimidad: una huelga activa contra los industriales, sin dirigirse a la fábrica y al surco. La policía comenzó a pesquisar el domicilio del vocero de la movilización y los lugares que frecuentaba en busca de material “comprometedor”. El poema “Los Cosedores” formaba parte de la literatura obrera y constituía una forma de resistencia en contra de la oligarquía azucarera:

Con las manos manchadas por la cal y el azufre
que contienen los granos del azúcar;
calzando manoplas y dedos de cuero,
los cosedores de bolsas con azúcar,
con sus dedos ágiles y firmes
empuñan las agujas con sus ásperos piolines
y dan las once o las trece puntadas necesarias
que requiere la costura (p. 39).

Esta fue prueba suficiente para arrestar e interrogar a Clorinda, la esposa de Atanasio Rueda, obrera también y embarazada de cinco meses al momento de ser encontrada por la policía. Al haberse negado a revelar el paradero de su esposo, fue brutalmente torturada, generando como consecuencia que perdiera a su bebé: “Sobre los muros blancos del tiempo, el hijo perdido era como la muerte del fuego y de la sangre en esas carnes marchitas, ya vacías para siempre” (p. 41). La violencia física hacia la trabajadora azucarera puede explicarse en el marco de lo que Rita Segato (2018) denomina como “mandato masculino”, que responde a la violación, dominación y control del territorio-cuerpo y cuerpo como “índice de un territorio” (p. 45). La agresión, tanto física como sexual, se lleva a cabo como exhibición misma de la impunidad.

Lo biológico, como el embarazo y el uso del cuerpo se expresa en lo político: se interviene, se controla, se disciplina. Incluso sin entenderlo la sociedad, asimila saberes, prácticas y dinámicas de poder en el orden biológico que responden a estructuras que capitalizan los cuerpos en función de intereses económicos y políticos. La violencia emerge como práctica disciplinadora que ejecuta un mensaje: el cuerpo de la mujer es controlado y apropiado, tanto en lo vital como en la muerte que representa la pérdida de su embarazo. Esta manifestación del biopoder como herramienta reguladora de la vida biológica de los sujetos en la sociedad, busca capitalizar la vida promoviendo la eficiencia del cuerpo para sostener el sistema económico y social.

En el espacio azucarero, la violencia hacia la mujer, ejercida por la patronal, estaba naturalizada: “Mientras que las mujeres eran ultrajadas, sus familiares vivían la impotencia, en especial los hombres, humillados públicamente por sus patrones al no poder cumplir con el rol socialmente asignado de ‘cuidar’ a sus mujeres (Nassif, 2021, p. 11). Esto puede verse claramente en el episodio de violación a Lamparito en *El cañaveral amargo* (1953). El Mayordomo, ejerciendo una *pedagogía de la crueldad*, imprime en su mirada de lince sus deseos más perversos hacia la niña de trece años. Esta imagen constituye una estrategia discursiva para dimensionar su salvajismo.

En el ingenio y fuera de él, nada escapa a su control. La voluntad del capataz debía respetarse, de lo contrario, él contaba con la autoridad y la fuerza para ejecutar castigos físicos y asesinatos. Bajo esas amenazas, Rosaura fue obligada a entregar a Lamparito, temiendo que su esposo, Remiglio, fuera asesinado.

De pronto, la Lamparito sentía que sus ojos le quemaban las órbitas. El terror y el miedo la poseían. Tenía asco de ese hombre con las orejas sucias y cortadas, los dientes amarillos y escasos, las manos torpes, la mirada cruel, increíblemente humano. Ella era una muchacha de trece años, inocente, fresca como el alba. (p. 28)

La violación, según Rita Segato, funciona como un acto “disciplinador y vengador contra una mujer genéricamente abordada. El mandato de castigarla y sacarle su vitalidad se siente como una conminación fuerte e ineludible” (2003, p. 31). Este acto no es otra cosa más que la manifestación del poder ejercido hacia el cuerpo de la mujer. En este ejercicio de poder es posible apreciar la intersección entre género, violencia y clase como parte de la lógica del sistema productivo.

La violencia económica y simbólica con respecto al reconocimiento de la labor de las mujeres en este ámbito, como analizamos anteriormente, se le añade la violencia física y sexual de los capataces a las hijas, esposas y nietas de los obreros. De esta forma, la violencia se escribe en el cuerpo femenino como una práctica cultural. Se erige como archivo viviente entre lo civilizado y lo bárbaro en el orden social (Segato, 2003).

La materialidad del cuerpo inscribe estos agenciamientos en función de formas coloniales de pensamiento que emergen en espacios como los ingenios azucareros. Esta dinámica de violencia se resignifica en la dimensión “performativa”, por medio de la imposición del poder (Butler, 2002). El género se *performa* a través de la sumisión doméstica y laboral en un sistema que excluye a las mujeres de la sociedad, pero, en el ámbito privado, reproduce discursos de reclusión y roles de mantenimiento del hogar.

Mujeres que curan y sostienen el saber

“Todos sabíamos que ella curaba enfermedades o trataba de hacerlo, hasta el médico del pueblo. Era especialista en todo: empacho, quebraduras, garganta, dolores, la famosa tirada de cuerito y medía la cinta, que se hacía con un cordón o cinta larga”.
Lucía Mercado, *El gallo negro: Vida, pasión y muerte de un ingenio azucarero*.

En la novela de Lucía Mercado podemos encontrar la recuperación de las formas de resistencia femenina ante los roles sociales inscriptos en el pueblo, como el de las parteras comunitarias, quienes preservan conocimientos ancestrales y ofrecen apoyo en contextos de precariedad. En los pueblos azucareros, la partera ejercía un rol comunitario de gran relevancia (Nassif, 2021).

El epígrafe que hace referencia a este apartado remite a la figura de Doña Mariáida, curandera y partera del ingenio Santa Lucía. Su rol en el pueblo era fundamental y sus servicios eran requeridos tanto por los trabajadores y habitantes, como por comisarios y personas con un estatus social y económico más alto.

Estas prácticas, según Palermo (2006), inscriben la crítica de género en procesos de descolonización, al visibilizar la agencia de las mujeres subalternas. En ese sentido,

el saber de las curanderas en los pueblos es poco reconocido desde la mirada eurocentrista que busca normativizar el conocimiento. Al respecto, la labor de las mujeres curanderas implica una resistencia cultural y una práctica heredada:

Al tratarse de un atributo propio de mujeres, el saber de las curanderas estuvo, generalmente, en la mira y en el margen de lo que podía ser sospechoso, herético, pecaminoso y eso que podía aceptarse sin problema como ortodoxo y digno de admiración. (Roselló Soberón, 2018, p. 183)

Las prácticas de esta pseudociencia (las “curaciones”), conforme al paradigma occidental, implicaban el uso de herbolaria prehispánica, conocimientos de partería, rituales y adivinación. En ese sentido, las mujeres curanderas se constituían como mediadoras culturales que solucionaban las demandas de sus clientes, desafiando la norma eclesiástica y la medicina tradicional. De esta forma, emergen como figuras centrales en la vida de la comunidad y su poder en este entorno tiene que ver con su capacidad de solucionar las necesidades de los obreros, así también como las de los administradores y capataces de los ingenios.

La cuestión del saber se encuentra ligada al poder y los grupos dominantes articulan cuestiones como la ciencia, la religión, la cultura y las normas que deben ser respetadas por la sociedad. Por otro lado, las clases subalternas se encuentran condenadas a aceptar en silencio esas decisiones. Esta dinámica logra invertirse en la figura de las curanderas de los pueblos, debido a que, como expresa Dolores Juliano (1992), cuando la mujer se niega a cumplir con las funciones tradicionales o no accede a cumplir pasivamente el rol que la sociedad le asigna, comienza un proceso de negociación, cuestionamiento y redefinición, lo que la posiciona como “agente activo, sujeto generador de cultura y actora del cambio social” (p. 41).

El hecho de que la curandera de Santa Lucía también realice partos y abortos clandestinos, evidencia la precariedad de un sistema de salud inaccesible para los habitantes del pueblo. Esta ausencia de la medicina convencional implica que las curanderas asuman el rol de cuidado comunitario, ejerzan gran influencia en la vida de los trabajadores y de los capataces e integren tradiciones indígenas donde la fe popular se contrapone al progreso.

Juliano sostiene que en la sociedad, la presión social tiende a neutralizar y desvalorizar las manifestaciones culturales “subalternas”, como “supersticiones o muestras de simplicidad” (p. 46). De esta forma, mientras que para los hombres se reconoce el esfuerzo realizado para acumular conocimientos, la mujer sufre el control y la desvalorización de su saber. Los servicios de doña Mariáida eran pagados con dinero,

algunas veces, y, otras, con “especies” (p. 43). Dependiendo el cliente, podía cobrar, no cobrar o usar esa deuda pendiente como una devolución de su favor a futuro:

En suma, esta mujer era sicóloga (sic), médica, celestina y mediadora en peleas de parejas. (...) atendía gratis a sus amigos que lo necesitaban; tampoco cobraba a los estamentos del poder, al contrario, convenía que le debieran favores. Las visitas de estas personas jerárquicas o la señora del comisario, por ejemplo, se hacían de noche y en forma discreta (Mercado, 1997, p. 43).

La función de la curandera en el pueblo, si bien importante por la importancia de sus tareas y por la relevancia de su figura en un entorno en donde la medicina popular convive con el saber “oficial” o profesional, no se retribuía en una justa devolución económica o de reconocimiento social. El episodio del Niño Perdido en el pueblo desencadena la unión de los habitantes en busca del joven desaparecido en el monte y representa la función de los videntes y curanderos en el pueblo. Se recurre a tres, en principio, entre ellos, a doña Mariáida. “Ese día se esperaba a un adivino de Lules, y a otro y a otro. Se consultaron a varios que decían que eran infalibles, que dirían el lugar exacto. La desesperación daba para todo. Ninguno acierta” (p. 175).

Según Juliano (1992), el saber femenino y tradicional fue sistemáticamente desplazado hacia un control “centralizado (y masculino)”, donde la ciencia, la medicina y otras disciplinas pasaron a formar parte del control de un manto legitimador masculino: “Casi al mismo tiempo se quitó a las madres la educación de los niños y ésta pasó a la escuela, donde la ejecutaban hombres desde su propia perspectiva” (p. 65).

La mujer fue relegada al hogar, a las tareas domésticas y al cuidado de sus hijos, lejos del ámbito institucional, considerado público y legitimador de saberes y bienes culturales. Es por eso que, cuando la mujer negocia y resignifica el campo del saber, inscribiendo nuevas formas de cuidado comunitario y disputas de sentido, constituye una amenaza y este saber se configura como “popular”.

Conclusiones

Durante el recorrido del análisis de nuestro corpus pudimos dar cuenta de cómo el trabajo femenino en el sistema productivo azucarero, el saber y el control del cuerpo constituyen una forma específica de biopoder. El agenciamiento de la experiencia de las mujeres en el sistema productivo azucarero, desde la literatura, subvierte las lógicas del biopoder que obliteran el reconocimiento de la labor de las mujeres y el saber. En ese sentido, el cuerpo aparece como territorio a dominar y el ejercicio de su disciplinamiento.

El análisis del primer apartado arrojó luz con respecto a la organización laboral en el ámbito fabril y privado, destacando la participación de la mujer en el surco como una mera “ayuda” (Nassif, 2021), siendo históricamente invisibilizada. Por otro lado, la existencia de otros tipos de trabajo “no especializados” no ofrecía una diversidad de opciones para las mujeres del pueblo. Con respecto al tema de la violencia, en el marco conceptual de Rita Segato (2003), funcionó como herramienta de disciplinamiento y control del cuerpo femenino.

El caso de Lamparito y Clorinda pone de manifiesto la impunidad y la violencia de los industriales como manifestación del biopoder, expresado en el control del cuerpo y el poder. La figura de la curandera y partera de Santa Lucía, doña Mariáida, constituye un agenciamiento del saber femenino que subvierte la construcción del campo del saber como tradicional y “oficial”, respecto al paradigma occidental. Su rol de cuidado comunitario resulta de suma importancia para el pueblo.

Recuperar, desde el análisis discursivo, la experiencia laboral de las niñas y mujeres en el ámbito azucarero implica saldar, en parte, una deuda pendiente en el campo de investigación local, atendiendo a la cuestión del biopoder como marco teórico para comprender la complejidad del entramado de poder en este ámbito. En ese sentido, consideramos que atender a estos agenciamientos nos posibilita rescatar y poner en valor la configuración particular de la experiencia laboral y los saberes impulsados por las mujeres de los pueblos azucareros.

Bibliografía

- Butler, J. (2002 [1993]). *Cuerpos que importan: Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”* (A. Bixio, trad.). Editorial Paidós.
- Campi, D. (2009). Contrastes cotidianos: Los ingenios del norte argentino como complejos socioculturales, 1870-1930. *Varia Historia*, vol. 25 n° 41, Belo Horizonte.
- Campi, D. (2020). *Trabajo, azúcar y coacción: Tucumán en el horizonte latinoamericano (1856-1896)*. Prohistoria Ediciones.
- Colombres, E. J. (1954). *El cañaveral amargo*. Narraciones ultravitalistas. Cooperativa Gráfica Salta.
- Federici, S. (2022). *Ir más allá de la piel: Repensar, rehacer y reivindicar el cuerpo en el capitalismo contemporáneo* (A. Catalán Altuna, trad.). Traficantes de Sueños.
- Foucault, M. (2000 [1997]). *Defender la sociedad: Curso en el Collège de France (1975-1976)* (H. Pons, trad.). Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2002 [1975]). *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión* (A. Garzón del Camino, Trad.). Siglo XXI.

- Foucault, M. (2007 [1976]). *Historia de la sexualidad. Vol. 1: La voluntad de saber* (U. Guinzú, Trad.). Siglo XXI.
- Gutiérrez, M. F. (2023). Más allá del ingenio: Mujeres que trabajan, defienden sus hogares y demandan por derechos (1943-1955). En V. Pita y D. D'Antonio (eds.), *Historia de las mujeres en Argentina*. Prometeo.
- Guzmán, R. (2018). Los pueblos de ingenios como espacios heterotópicos: Narración y política. *Heterotopías*, 1(1).
- Juliano, D. (1992). *El juego de las astucias: Mujer y construcción de modelos sociales alternativos*. Horas y Horas.
- Le Breton, D. (2002). *La sociología del cuerpo*, (P. Mahler, trad.). Ediciones Nueva Visión SAIC.
- Lorite Mena, J. (1982). *El animal paradójico: Fundamentos de antropología filosófica*. Alianza Editorial.
- Mercado, L. (2008). *El gallo negro: Vida, pasión y muerte de un ingenio azucarero*. Editorial LM.
- Nassif, S. G. (2021). Mujeres trabajadoras del azúcar: clase, género e identidad en el sur tucumano. *Historia Regional*, (44), 1-19.
- Palermo, Z. (2006). Inscripción de la crítica de género en procesos de descolonización. En Zulma Palermo. *Cuerpos(s) de Mujer. Representación simbólica y crítica cultural*. Editorial Ferreryra.
- Roselló Soberón, E. (2018). El saber médico de las curanderas novohispanas: Un nicho femenino dentro del pluralismo médico del imperio español. *H.^a mod.*, 40, n° 2. Ediciones Universidad de Salamanca (pp. 177-196).
- Rosenzvaig, E. (1986). *Historia social de Tucumán y del azúcar*. Universidad Nacional de Tucumán.
- Segato, R. L. (2003). *Las estructuras elementales de la violencia: Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Universidad Nacional de Quilmes. Prometeo.
- Segato, R. L. (2018). *Contra-pedagogías de la crueldad*. Prometeo Libros.